

EEUU y América Latina

El poder hegemonal estadounidense procura
la realineación de la región

Análisis de la edición "GegenStandpunkt", 4-04

Fuente: <http://www.gegenstandpunkt.com/espanol/eeuu-america-latina.html>

Los Estados Unidos de Norteamérica se dedican –como tantas veces en el pasado– a revisar sus relaciones con “las otras Américas”, los países del sur donde la gente habla en dialectos latinos. Tienen toda razón para ello. Algunos países, en vez de funcionar de manera *debida*, declaran su bancarrota; otros o incluso los mismos se muestran renitentes; la miseria obliga a refugiados económicos a cruzar la valla en la frontera sur de EEUU en cantidades masivas que EEUU no ha pedido; fuerzas ilegítimas se benefician del sueño americano por medio del narcotráfico; gobiernos inestables que controlan mal su país representan un riesgo intolerable en la era de la “guerra contra el terrorismo”. Además los europeos y los asiáticos orientales se meten en la región sin que uno les hubiera llamado y eso más de la cuenta. Así Washington se hace el propósito de procurar *“un verdadero progreso económico, político y social en las Américas”* y *“construir una comunidad de naciones en las Américas, unida por nuestro amor a la libertad, fortificada por las normas de la ley y prosperando en común por vías del libre comercio.”* (R. Noriega, embajador estadounidense en la ONU y vice-secretario de Estado para asuntos del hemisferio occidental, en un discurso en el World Trade Center de Chicago, 17-12-2003)

Con estos proyectos de denominación tan altisonante, los presidentes de EEUU -y mucho más los propagandistas de un mundo mejor y anti-terrorista en el gobierno actual- suelen hacer feliz desde siempre a las

más diversas zonas problemáticas del planeta. Pero lo que hace EEUU en y con América Latina y lo que se propone para esta región –eso también desde siempre– es distinto. Para Washington el resto del doble continente americano es *su hemisferio*; el control político y el dominio económico, un *derecho adquirido particular*, que tiene que ser defendido sin miramientos contra cualquier peligro y asegurado contra cualquier cuestionamiento. De esta manera, EEUU puso manos a la obra y de hecho alcanzó que América Latina de veras no es una región como cualquier otra del mundo. La *economía política* y la *posición estratégica* de los Estados al sur del Río Grande son establecidas por su pertenencia al “hemisferio” de los yanquis.

Washington y su “hemisferio”

(1)

Desde que EEUU ejercita una propia y autónoma política exterior, reclama la *competencia política exclusiva* para todo el doble continente americano, el *monopolio* transfronterizo en la vigilancia del orden en las Américas. Después de independizarse de la soberanía británica, EEUU contribuyó con apoyos interesados a la sustitución de la soberanía colonial europea, entregando la “América a los americanos”, y definió la región entera como una unidad política por naturaleza que luego EEUU tuviera que proteger contra cualquier intromisión *desde fuera*. Ellos mismos no son intervencionistas –ni mucho menos intervienen en asuntos ajenos– cuando ven cómo andan las cosas en los otros países americanos, exigen nuevas “orientaciones políticas” si no las establecen ellos mismos, destituyen o instalan gobiernos enteros, ocupan comarcas o fundan un Estado entero, como Panamá; en estos casos EEUU no se dedica a otra cosa que a los “asuntos internos” de América, o sea a los suyos. Por esta misma razón tienen una aversión a cualquier tendencia hacia una política de alianzas autónomas entre los diversos Estados al sur del Río Grande: Detectan inmediatamente el empuje contra los “yanquis” e intervienen en contra, animando rivali-

dades entre países vecinos, incluso guerras (los herederos del dominio colonial español libraron ya muchas guerras entre ellos), privilegiando unos mediante relaciones especiales o amenazando otros con un tratamiento especial. Si hace falta, velan por la unidad política de esta gran región haciendo uso de la violencia, que según la perspectiva estadounidense esa región tiene su centro gravitacional de una vez por todas donde residen la mayor riqueza y la primera fuerza militar.

El derecho de los gobiernos estadounidenses a la representación exclusiva en materia política de su “hemisferio” fue seguido por el *acaparamiento económico* del resto de las Américas, protagonizado por los capitalistas de EEUU. Con sus valientes dólares compraron – compitiendo con los antiguos dueños coloniales de Europa y recientes actores interesados– materias primas de todo tipo, minerales y productos agrícolas, convirtieron las tierras en plantaciones y zonas de minería y sacaron estas mercancías exóticas para ganar con ella mucho dinero, tanto en EEUU como en el mundo. América Latina suministra, y los que logran conseguir dólares con este negocio –sobre todo una clase exclusiva de terratenientes, y ésta no gana poco– vuelven a servir como mercado de consumo para mercancías norteamericanas. El fin del imperio casi colonial de empresas como la ‘United Fruit’ y la nacionalización de minas y fuentes de petróleo no significaron en absoluto el fin de este circuito económico en todo el continente. Claro que hoy las naciones latinoamericanas se presentan –a pesar de unos mini-Estados en el Mar Caribe– como sujetos soberanos del mercado mundial con cálculos y economías autónomas. Sin embargo, los productos con los que hoy se quieren unir a la economía internacional del dólar, en su mayoría siguen siendo: recursos naturales con las que se prestan como proveedores; y los dólares adquiridos a cambio con las que sirven como clientela solvente, para el crecimiento capitalista en el Norte y otras zonas.

El hecho de que la gran mayoría de la población nacional quede excluida de este bonito negocio circular, no tiene importancia para sus beneficiarios, hablen dialectos latinos o ingleses.

(2)

Los políticos de América Latina con simpatías para su pueblo, o con un proyecto nacional de carácter ambicioso, nunca se han conformado con este tipo de “economía nacional”. Al llegar al poder, hacen cada vez nuevos intentos para activar el *desarrollo nacional*. La idea y su planeación la deducen del modelo de la nación cuyos comerciantes sacan de sus países tanto beneficio *para sí mismos*: Hay que poner en marcha una *acumulación capitalista a nivel nacional*, es decir un comercio con extensión nacional que funcione por sí solo, condicione al pueblo y proporcione riqueza y poder al Estado. En la medida que la élite nacional de dinero deje que desear, fracase en fomentar el capitalismo o –eso depende del enfoque crítico– se conforme con menos, toma las cartas en el asunto el poder de Estado con su mando sobre el comercio y el medio de pago de la nación, disfrutando el poder para la creación de dinero-crédito.

En este aspecto , el gran socio norteamericano no tiene objeción alguna contra estas medidas. Su entorno comercial con su extensa oferta de mercancías se encuentra con más demanda que nunca y en nuevas dimensiones. Los comerciantes ven la oportunidad –y la aprovechan con mucho gusto– de participar con sus inversiones dólares en el proceso de una acumulación capitalista a nivel nacional impulsado por el Estado con su fuerza y soberanía monetaria. No tienen dudas en patrocinar con poderosas ofertas de financiación los grandes proyectos de ambiciosos políticos desarrollistas – al fin y al cabo, es la esfera sur de *su propio* negocio la que está siendo desarrollada. En este mismo sentido, la superintendencia en Washington no ve nada malo en que ciertas potencias miembros de su “hemisferio” planifiquen, calculen, realicen negocios y contraigan deudas, a su vez pensando en su propio bien nacional: EEUU está interesado en que, según los criterios que la potencia misma introduce en la economía mundial moderna, también se gane dinero en América Latina de manera libre, sin obstáculos, con todo y por todos. Aprueba que los Estados allí se esfuercen en este sentido; también que busquen socios comerciales en el resto del mundo y que viceversa actores desde fuera inviertan en el negocio latinoamericano. Es que los responsables en Washington están por lo menos igual de seguros como sus multinacionales de que a fin de

cuentas superarán los demás competidores en *sus* mercados latinoamericanos de mercancías, crédito y capital. Pues EEUU no renuncia a que la otra América siga siendo *su* fuente asignada de dólares cuando somete esta esfera a las reglas generales del librecambio internacional. Más bien le parece ser el método más eficaz para asegurarse el provecho de los ambiciones desarrollistas de los países emergentes latinoamericanos.

Por la misma razón está estrictamente en contra de cualquier tendencia entre sus esperanzados socios en el Sur de impulsar los proyectos para el desarrollo nacional y empresas recién creadas mediante protecciones contra la competencia superior del Norte. Los programas de desarrollo se apoyan de buena gana y se admiten solo cuando están abiertos por y desde el principio para el acceso de capitalistas interesados de todo el mundo, o sea del Norte. Éstos no tienen por qué temer competencia en toda América Latina. El hecho de que los políticos desarrollistas ante todo quieran llegar a crear una sociedad de clases que sea competitiva y cuya élite explotadora consiga mantenerse en un mercado mundial libre contra la competencia norteamericana y contra su sobrepeso financiero, no es de interés para los inversores internacionales y tampoco justifica un derecho en manos de los del Sur a proteger sus proyectos de desarrollo, pero sí el indiscutible derecho de las exitosas multinacionales del Norte a disfrutar su superioridad y a servirse de América Latina como un campo de acción adicional para *sus* estrategias de conquistar cuotas de mercado e invertir capitales, si bien éstas encajan solo casual y esporádicamente con el programa de establecer una circulación de capital nacional porque en su mayoría perjudican a las empresas nacionales. Todo lo demás se combate por ser medida proteccionista: como error fundamental que cometerían los latinos, castigándose a sí mismos y perdiendo por tontería las ventajas de un comercio mundial verdaderamente libre. Donde, a cambio, reina la libertad exigida —la cual es prontamente concedida bajo la presión del Norte— los capitalistas con sus dólares no tardan en valerse de los mercados recién creados y explotar la mano de obra nativa, y resulta que las ganancias, en parte extraídas, en parte reinvertidas, se totalizan a considerables tasas de crecimiento en América Latina.

El hecho de que, en resumidas cuentas, se excluya a o siga siendo excluida gran parte de la población nacional de cualquier explotación capitalista y que ni siquiera alcance una pobreza proletaria con características regionales, no tiene importancia para los beneficiarios del nuevo comercio, sean autóctonos o del Norte.

(3)

La condición de afirmarse como parte de un libre comercio mundial establecido por EEUU en general, y en particular del “hemisferio” panamericano del dólar dominado por EEUU, antes de disponer de una economía nacional competitiva, es lo que insta a las naciones latinoamericanas afanadas en emerger a tomar una trayectoria de desarrollo bien particular. Lo que se produce de acumulación de capital en sus países enriquece cada vez más a sus creadores y propietarios – capitalistas estadounidenses sobre todo y otros comerciantes e inversores del exterior–, pero no coadyuva a adquirir el estatus de una sede nacional de capital que pudiera competir en el mundo con todo el peso del capital acumulado nacionalmente. Para los respectivos gobiernos, esta deficiencia primordial se muestra en el dimensionamiento de su presupuesto nacional: Lo que les queda del excedente producido en la nación no sufraga los gastos que se permiten y deben permitirse para llegar a conseguir un capitalismo nacional con nivel competitivo. A pesar de ello, los gastos se realizan: Siguiendo al modelo de cualquier soberanía capitalista moderna –antes que nada la estadounidense– también los Estados latinoamericanos “crean” crédito nacional, y obligan a sus sociedades a usarlo como moneda legal. Sin embargo, el crecimiento capitalista activado con este crédito y que permanece en el país no justifica tal creación de dinero-crédito: En vez de representar una riqueza capitalista, acumulada en la medida proyectada por los veladores del dinero, éste demuestra con su desvalorización su ineptitud para mediar el comercio capitalista. Una por otra vez, gobernantes con ambiciones, sobre todo en los potentes “países emergentes”, intentan y fracasan en imitar una política de crecimiento originada en la autocreación de dinero-crédito, como la que está a disposición de EEUU y sus competidores parejos.

Ciertamente, para EEUU y los capitalistas del exterior, por lo menos para ellos, la recurrente bancarrota de las monedas nacionales no supone mayores problemas. Su aprobación interesada de los diversos programas de desarrollo nacional nunca incluyó que reconocieran de manera vinculante la soberanía monetaria de los Estados en cuestión, los que a su vez han puesto en circulación a estas monedas; nunca concedieron a estas monedas el rango de un contemplado dinero mundial, ni hicieron uso de la moneda local como lo hacen del dólar. En cuanto al objetivo de todos sus negocios en América Latina, es decir el dinero que se puede ganar en estos países, éstos mismos son y siguen siendo provincias periféricas del “hemisferio” del dólar. Sin duda que también para ellos cuenta la reglamentación del comercio internacional de monedas, establecida determinantemente y hecha respetada en todas partes del mundo por EEUU, formalizando la comparación en la práctica de todas las monedas nacionales e inclusive con la vigilancia institucionalizada del FMI sobre las balanzas nacionales de deudas. En la realidad económica, sin embargo, el entorno comercial norteamericano no dio cabida a que las fluctuaciones extremadamente inflacionistas de las monedas latinoamericanas afectaran el transcurso de sus negocios. Nunca se ha visto obligado y toda la vida ha rechazado considerar los pesos, sucres, reales u otro dinero de juguete latino para sus negocios, desconfiando de que pudieran fiar su cosa más sagrada, un trozo de su fortuna de dólares. Cuando participa en e impulsa la acumulación de capital en el Sur comerciando, invirtiendo o dando créditos, entonces adelanta dólares y no quiere ver otro resultado que dólares. Dentro de estas calculaciones, las monedas locales no son factor con que contar, ni mucho menos medida para precisar la riqueza adquirida –como es el caso entre las potencias económicas de primera categoría con una moneda reconocida como dinero mundial–: Se calcula y se saldan las cuentas en dólares.

Obvio que esta evidencia no fue relativizada por los exportadores de capital de origen europeo, que a lo largo de las décadas desde la Segunda Guerra Mundial consiguieron entrometerse en el negocio con América Latina en competencia con sus colegas estadounidenses; más bien se aprovecharon de estas condiciones de la misma manera. Los países de la Unión Europea tampoco pensaron vincular sus operacio-

nes en los “países emergentes” sudamericanos con reconocer la obligatoriedad de los medios de pago locales para el negocio con y en estos países, sino que insisten en ganancias en forma de divisas. Como parásitos de las condiciones económicas establecidas por EEUU, los capitalistas europeos llegaron a América Latina y siguen allí dando por sobreentendido que de hecho no se están desplazando a territorio de otra moneda, sino que entran con sus marcos, libras, pesetas o recientemente con euros en una esfera para acumular su moneda mundial pareja al dólar.

(4)

Ahora pues, alguien tendrá que asumir esa exigencia y responder de la eliminación de las monedas nacionales de todos los cálculos capitalistas, garantizando que con beneficio y acumulación también en las Américas meridionales se ganen dólares. Y sobra decir quién: A los Estados atractivos para los inversores del Norte se les obliga a que paguen en dólares cualquier beneficio y cualquier incremento que los inversores realicen en sus países, o que garanticen el cambio en dólares. Los Estados tienen que disponer de un dinero mundial cuya creación con su propia soberanía monetaria les resulta imposible debido a la falta de una competitividad abrumadora, por lo cual tienen que adquirirlo en el comercio exterior, y eso en magnitudes que exceden por mucho a las ganancias inciertas en el sector de la exportación de materias primas y los siempre muy modestos éxitos de los demás productos en el comercio exterior que de todos modos tienen que enriquecer primero a toda una clase propietaria. Es decir, se requieren precisamente los grandes éxitos en la exportación los que estas naciones emergentes se están proponiendo tener; tienen que comprar en el mercado mundial los medios de producción con precisamente aquel dinero mundial que aún están por ganar. Dicho de otra manera: Estados sin dinero reconocido tienen que mantener indemne a la inversión extranjera, que valora al país como lugar para el acrecentamiento de su buen dinero, de los resultados del no reconocimiento de la propia moneda como dinero mundial por parte de estos mismos inversores,

proveyéndoles de divisas que tampoco tienen – o sea, una tarea nada fácil de resolver.

Para los capitalistas de las patrias del buen dinero, no obstante, esto es la más obvia condición previa para y rigurosa demanda resultada de su accionar. Las dificultades que promueven de esta manera a los que administran su emplazamiento económico en América Latina, no son asunto suyo. Sin embargo, saben qué hacer con eso y traman la próxima etapa agudizadora de su negocio con América Latina: Inversores de dinero *prestan* a los Estados del Sur los dólares que éstos necesitan y no tienen. En su calidad de capitalistas financieros, naturalmente toman en cuenta que con este tipo de créditos ya no abastecen necesidades en la financiación de un crecimiento nacional, sino que sacan beneficio de *apuros* financieros que resultan del crecimiento existente de capital extranjero, invertido en dólares: Para una cosa así, el financiero decente calcula intereses mayores, tanto mayores cuanto más desconfían de que la nación acreditada pueda saldar sus costosas deudas.

(5)

Los apuros de la mayoría de la población son resultados de esta política de desarrollo nacional: el latino de a pie no tiene la oportunidad de asegurarse contra la desvalorización de los medios de pago que necesita, o sea que empobrece por sí mismo y además es víctima de los esfuerzos estatales de intervenir en contra de la desvalorización de la moneda nacional procurando más eficiencia al capitalismo nacional aún no competitivo, ahorrando en la política presupuestaria en los gastos improductivos y concentrando todos los medios disponibles a la estimulación del crecimiento económico, a la atracción de capital extranjero y a las balanzas positivas en el comercio exterior. Estos apuros de la gente humilde los toman en consideración los protagonistas políticos y los beneficiarios críticos de la obra del levantamiento nacional. La mayor exclusión de la riqueza acumulada en manos privadas que sufren tanto las partes de la población usadas en la producción como aquellas que resultan superfluas para el progreso capitalista, no es solo un efecto secundario sin importancia: La pauperización forma

parte del programa. Es necesaria, pero es importante que no moleste; por tanto se tiene que tener bajo control y se tiene que organizar de una manera que los inversores de dólares procedentes del mundo entero hallen, en medio o al lado de la pobreza, seguridad jurídica para su capital, mercados aprovechables para sacar beneficios, una buena infraestructura y manos de obra disponibles en las dimensiones deseadas, de buena moral y con las cualificaciones requeridas. Esta tampoco es una tarea fácil de resolver para la soberanía correspondiente, puesto que aparte de cierta falta de escrúpulos requiere de vez en cuando buena dosis de autonegación nacional para cumplirla. Es preciso no solo someter la sociedad a las “leyes económicas” de una explotación capitalista del grado más extenso posible, programa que forma parte de la agenda de cualquier soberanía burguesa, sino un montón de represión *improductiva*, lo cual es capaz de desconcertar también a miembros de la “clase política” que por lo demás están bien dispuestos a colaborar. Pues aunque su indignación a causa de la miseria autocreada como tal se mantenga dentro de los límites: El hecho de que al esfuerzo no le corresponde ningún provecho nacional por el otro lado –en su lugar, sucede una bancarrota nacional tras otra, las deudas extranjeras del Estado suben hacia lo incalculable, el mantenimiento de la misma fuerza estatal se convierte en un problema de su financiación, y los frutos se acumulan en cuentas bancarias del Norte–, esto les disgusta a patriotas, que se habían imaginado de otra manera el desarrollo hacia un “auge” nacional que incluya todo el territorio nacional.

De hecho en los últimos 50 años muchos intelectuales latinoamericanos, entre ellos una fracción del clero católico, sindicalistas y otros patriotas decepcionados se plantearon durante una época una alternativa para su país, a saber socialista, y movilizaron por ella con éxito. En el caso famoso de Chile, una izquierda así ascendió al poder de acuerdo con el marco jurídico existente. En bastantes otros países, movimientos revolucionarios pusieron en peligro la soberanía establecida, que usando las vías concedidas para el desarrollo nacional servía a los intereses estadounidenses. Con la ayuda de la Unión Soviética, que durante unos años se esforzó por ganar influencia en el “patio trasero” de su principal enemigo estratégico y por forjar con aliados y

bases militares una contraamenaza contra el cerco de su bloque por sistemas de alianza estadounidenses, los revolucionarios de Castro no solo lograron vencer en Cuba, sino incluso aguantar.

(6)

EEUU se vio retado en dos ambiciones suyas por estos esfuerzos y reaccionó de forma correspondiente. Para garantizar la seguridad del suelo estadounidense tanto como para defender su monopolio de representación panamericano contra los intentos de intromisión soviética arriesgaron, como es sabido, en el caso de Cuba la guerra mundial nuclear y pararon los pies a su enemigo en la política mundial. La “liberación” de la isla no la lograron; el país que sigue siendo gobernado de manera comunista es aislado, se boicotea y se excluye desde entonces sin compasión como infracción errática contra la norma y normalidad estadounidenses, hasta que un día pueda ser reintegrado en su verdadera patria, el “hemisferio” estadounidense. En el caso de Allende —éste también fue considerada como un “caballo de Troya” de la potencia soviética— Washington pidió y apoyó un golpe militar y aseguró diplomáticamente su éxito. En Nicaragua, EEUU financió durante más de una década una guerra civil contra los sandinistas, reduciendo al absurdo todos los esfuerzos para mejorar la situación social de la población, y educó así al país a la madurez democrática con elecciones libres, a saber de las fuerzas correctas. La farsa a la tragedia la entregó después el presidente Reagan con su intervención militar contra la ampliación soviético-comunista de un aeropuerto en la isla caribeña de Granada. De hecho, en esta fecha ya estaba decidida la Guerra Fría en el “hemisferio” americano, ya antes del suicidio histórico del “Imperio del Mal” de Moscú. Los demás intentos de revolucionar el orden interior en los Estados de su región, EEUU siempre los combatió con una bastante exitosa combinación de *fuerza y crédito*. Junto a las fracciones más decididamente anticomunistas de la respectiva élite económica y política de la nación, en fructífera colaboración con un aparato de represión militar obsesionado con una conciencia misionera de defender la libertad, dejaron profundamente resueltas todas las “cuestiones sociales” e hicieron liquidar cualquier resistencia izquier-

distas, *ad personam* a un buen número de izquierdistas supuestamente revolucionarias. La superintendencia en Washington apoyó al mismo tiempo, con dinero y garantías de crédito, adecuados esfuerzos de construcción nacional por parte de sus criaturas y homólogos derechistas en las naciones latinoamericanas, para que no hubiera necesidad de desconfiar de las torres de deudas en dólares, consecuencia sistemática del modelo de desarrollo latino: el contexto óptimo para inversores estadounidenses. Para asistir y pacificar el pauperismo latinoamericano en particular, envió además un “cuerpo de paz” en el que muchos jóvenes norteamericanos, idealistas de paz y progreso, se comprometieron a la causa de la libertad en el sur de “su” doble continente, sin comprender en qué consiste realmente esta “causa”. De hecho lo que consiguió EEUU de esta manera en su esfera sur del dólar, con todas sus contradicciones político-económicas inherentes y todas las oposiciones sociales e infamias resultantes de ello, fue *hacerla sostenible*.

En esta obra de progreso participaron, con mucho gusto, los europeos. Aplaudieron y aprovecharon el orden en el subcontinente, establecido por los norteamericanos, tanto como su establecimiento por la fuerza de la generosa superpotencia: el primero en su calidad de comfortable garantía de seguridad para su exportación de mercancías y capital en competencia con las multinacionales estadounidenses, el segundo como garantía de sostenibilidad para la especulación de sus propios capitalistas financieros e inversores, dirigida a América Latina como fuente inagotable de dólares. Al mismo tiempo se tomaron la libertad de poner reparos a los gorilas más brutales de Washington, presentando de esta manera hipócrita objeciones contra el *monopolio* de orden estadounidense. Reclamando condiciones democráticas, cuyo funcionamiento con toda la represión necesaria nunca tuvieron que garantizar ellos mismos, pensaban indicar a las “fuerzas moderadas” dentro de la “clase política” latinoamericana que Europa sería un contacto alternativo – para exactamente la misma relación de dependencia como la que mantienen con su gran padrino en el Norte. Sin duda esto beneficiaba mucho al rechazo hacia los yanquis, parte integral de las buenas formas en la región latina del “hemisferio” americano debido precisamente a la impactante dominancia del Norte.

(7)

Con su victoria sobre la izquierda autóctona en los Estados más importantes del sur y sobre todo con el anticipado cese de los esfuerzos soviéticos por aliados en América Latina, EEUU se deshizo de una preocupación, y junto con la preocupación, de una carga: Poco a poco, les resulta posible ahorrarse el esfuerzo para sostener regímenes anticomunistas que funcionen bien, y para un control eficaz de territorios y habitantes. Sin que su orden corra peligro, puede abandonar a sus criaturas y aliados sangrientos y anular ayudas de auxilio y créditos, que solo consideraban necesarias para garantizar la estabilidad de un orden represivo. Washington tolera, a veces hasta exige, el retorno a la soberanía civil y la transición hacia elecciones democráticas, siempre que su resultado ya no pueda ser perturbado por ninguna oposición radical de la izquierda. Para el que llegue al poder ahora, el asentimiento de sus votantes tiene que compensar la pérdida de buena parte de la alimentación de su presupuesto nacional con dólares estadounidenses – y los gobernadores vuelven a verse confrontados, con más rigor aún, al delicado hecho de que están gobernando *una nación sin dinero verdadero*.

Mucho más fuerte se ve afectado el mundo comercial, que tan fácilmente gana dólares en América Latina, en todas las esferas desde el comercio con las materias primas hasta la especulación en el sector crediticio. No solo tiene que adaptarse a que sus sagrados derechos de propiedad ya no son protegidos por los familiares guardianes del orden en uniforme militar, sino por nuevos soberanos civiles, aún sin experiencia y posiblemente con demasiados escrúpulos de conciencia. Expirado el trato ‘dólares a cambio de anticomunismo’ *los inversores* pierden una importante seguridad financiera de la que siempre podían contar para sus inversiones especulativas en una acumulación capitalista cuya realización en dinero mundial garantizaran los dirigentes nacionales. Esto no significa que terminaran o redujeran inmediatamente sus compromisos especulativos. Comerciantes e inversores del Norte siguen suponiendo como lo más normal del mundo que la región sirve para ganar dólares. Precisamente en esto radica la causa por la que no pueden prescindir, después de largos años con un masivo aumento de los créditos concedidos, de revisar por un lado la disposi-

ción y la capacidad de sus deudores estatales –como las de cualquier prestatario– de saldar sus deudas, y por otro de aplicar normas tan restrictivas en cuanto a su seriedad como lo exige el curso de sus negocios a nivel mundial. Cada vez que la continuidad de los negocios se haga crítica, el comercio internacional se estanque, capitalistas financieros de EEUU u otros tengan que dar por perdidas inversiones de capital porque no logran sacar beneficio de ellas; siempre y dondequiera que haya, pues, importantes cálculos capitalistas que se hagan inseguras, automáticamente crecen las dudas con respecto a la fiabilidad de la propia especulación a que América Latina se acredite como máquina acrecentadora de dólares con eficacia interminable. En cuanto se paralice el suministro de créditos en dinero mundial, y aún más en cuanto se cobren las deudas pendientes en dólares y se retiren inversiones, de repente también para los competentes mercados financieros se pone de manifiesto que están confrontados con *naciones sin dinero verdadero*.

(8)

Este juramento declarativo se presta de otra forma que una “crisis de liquidez” que declaran Estados protagonistas del capitalismo global con una respetada soberanía monetaria y una divisa reconocida cuando acumulan balanzas negativas. En tales casos, para nada ajenos al mercado mundial moderno, el comercio internacional de divisas juzga de forma cada vez más crítica lo que sirve el dinero de una nación así para el futuro empleo comercial. Llega a una conclusión cada vez más negativa a su eterna cuestión en qué posición dentro de la competencia de las potencias económicas se sitúa el respectivo país con el volumen y la tasa de su crecimiento nacional y con su disminuyente capacidad para servirse de los rendimientos de otras naciones. Lo juzga de manera práctica y con la consecuencia práctica de tasar la correspondiente moneda en un valor cada vez menor, menguando así el peso internacional de la riqueza capitalista de la nación entera y reduciendo su solvencia internacional; en el extremo hasta el volumen de divisas de las que dispone la nación. A más tardar entonces interviene –según las reglas de ‘Bretton Woods’– el Fondo Monetario Internacio-

nal, obliga la nación en progreso de insolvencia a sanear su medio de pago saneando su presupuesto nacional, y a cambio la dota de divisas que avalen frente al mundo empresarial que el país es nuevamente digno de crédito – temporalmente, hasta que la nación vuelva a haberse conquistado una posición aceptable en la competencia por el negocio global.

Cuando los acreedores de un Estado latinoamericano revisan de manera crítica su compromiso y ponen al orden del día un ajuste de cuentas, provocando así un juramento declarativo, entonces el asunto es otro. Como las monedas latinas nunca fueron objeto de un preocupado examen en el sentido antes citado, tal crisis de pago desconoce una tasación de la caída de los tipos de cambio, márgenes de fluctuación monetaria, maniobras para salvar el dinero-crédito nacional y cosas por el estilo. Tal y como siempre ha tenido lugar el negocio con aquel país, a saber como acumulación de dólares más allá de la gestión del crédito nacional autóctono por parte del Estado competente, tiene lugar el cese de los negocios corrientes en tiempos de crisis: Se reclama la garantía de convertibilidad al dólar que el mundo empresarial exigía y recibía del administrador competente de la aprovechada esfera de inversión; se dejan de prolongar créditos y se abre un procedimiento de quiebra que trata directamente de saldar deudas y nada más. De hecho también se le llama al FMI –antes de una bancarrota con la intención de prevenirla, y luego en el caso de emergencia para tramitarla–, pero en contra de su tarea original no para restaurar un Estado, que perdió terreno en la competencia internacional, como un potente creador de crédito y garante de un dinero-crédito de vigor universal, sino para organizar sobre un fundamento supranacional la refinanciación de las deudas irre recuperables en dólares, de una nación sin dinero mundial y para decretar condiciones para su política presupuestaria y su gestión de la deuda pública que vuelvan a hacerla parecer digna de crédito.

Con el derecho del deudor perjudicado (ya realmente o previsiblemente), los europeos siempre están entremetidos en actividades así; en competencia con EEUU luchan por sus propias reclamaciones públicas y privadas. Viceversa, Washington está interesada en hacerles participar en las cargas que tienen los protagonistas de la economía mundial

para restablecer los quebrados países latinos como partes del “hemisferio” americano del dólar, capaces de contratar – o para salvarlos como tales. Pues una cosa está clara: La internacionalización de tales crisis locales, su tratamiento en el margen de las instituciones de ‘Bretton Woods’ y según sus reglas de vigor universal no significa para nada que las naciones quebradas fueran eximidas de la competencia exclusiva de EEUU, sino que define la forma moderna de esta última – y viceversa del estatus de América Latina como aglomeración de dependencias meridionales del negocio estadounidense–. Esto se manifiesta también de manera práctica en la tramitación del respectivo asunto y en el programa para superar los apuros financieros: Washington tiene y sigue teniendo el mando directivo cuando se crean nuevas seguridades para la especulación a América Latina; y las medidas específicas que los expertos norteamericanos se inventan para cada uno de los casos problemáticos van dirigidas a rehabilitar el respectivo candidato como fuente de dólares.

Así se superó el primer “choque” correspondiente, la crisis provocada por endeudamiento en *México*, con el gobierno estadounidense –con ello se hizo inmortal su entonces ministro de la Hacienda, Brady– sosteniendo con *bonds* parte de las obligaciones estatales de México, completamente carentes de valor especulativo, en detrimento de su propio presupuesto nacional; estando seguro de que a largo plazo esta generosidad rendiría beneficio capitalista facilitando el acceso asegurado al petróleo del gran país vecino y además a su mano de obra baratísima. El caso ejemplar fue luego la “cura de caballo” al que fue sometida Argentina, anteriormente calificada de “país emergente” bastante “acomodado”. Siguió el modelo de Chile, que ya justo después del violento fin de su equivocado camino socialista había sido dotado de un régimen “monetarista” que autorizó la venta de todos los recursos del país para que los inversores poseedores de dólares se enriquecieran, y que sometió el inventario de la nación entera al objetivo exclusivo de ganar dólares. La Argentina de Menem realizó hasta la última consecuencia el experimento de poner patas arriba –o, según la decisiva perspectiva estadounidense, de poner de pie– una completa economía nacional: La base de cualquier actividad económica la forman los dólares que gana el país o que invierte en él la especula-

ción; medios de pago autóctonos solo se emiten y circulan en la cantidad que sirva para acrecentar los dólares que hay en el país; de esta manera se garantiza que no haya otras actividades económicas aparte de las que empresarios privados consideren rentables, y esto siempre que no dejen de conseguir con ello un lucrativo negocio en dólares; lo que está a disposición del poder estatal, y al final también lo que mantiene al pueblo argentino, se reduce a lo que de esta manera se consiga en cuanto a producción e ingresos. *Estas condiciones* –en esta interpretación andan a una EEUU, Argentina, el FMI, los capitalistas interesados, políticos europeos dedicados a las relaciones con América Latina, asesores de inversiones italianos, banqueros alemanes y en general todos los expertos en la materia– son la perfección del “hemisferio” del dólar: Una nación entera solo funciona, un pueblo entero solo subsiste a medida que sirva para enriquecer directamente a capitalistas inversores de dólares.

(9)

Todo esto funciona. Donde no funcione con tanta facilidad, un poco de fuerza adicional ayuda para mantener el orden. El empleo correcto de ésta lo apoya Washington con consejos y ayuda material: No permite que se les quite la autoimpuesta responsabilidad para su doble continente. Sin embargo, también este elemento del Nuevo Orden Mundial no funciona sin fricciones.

Regularizados sus derechos adquiridos en la materia político-económica en las formas del librecambio internacional, EEUU sí que tiene que ver con diversas influencias ajenas, que encajan mal con su pretensión del monopolio en asuntos de la política de ordenamiento en la región. Europa compite como exportador de capital y socio comercial y hasta quiere hacer política con el derecho de su intromisión económica. Entre el subcontinente y la Asia oriental nacen relaciones comerciales y hasta crediticias que dejan fuera a EEUU. Siempre hay Estados de la región que forjan alianzas también entre sí y ni siquiera hace falta que tengan intenciones hostiles contra los yanquis para que Washington los entienda así.

En lo pertinente al orden interior de los países latinoamericanos, por lo menos se ha reducido el espíritu opositor de una izquierda radical a un nivel conforme al sistema; de pasada, también la Iglesia católica acabó con los simpatizantes de una “teología de liberación” sospechosa de marxismo. Otros movimientos revolucionarios están o son diezmados con bastante éxito. Lo que al mismo tiempo no consiguió la superpotencia es suprimir los esfuerzos emancipadores y experimentos de construir un capitalismo nacional más allá de la línea general “argentina” definida por Washington; siempre hay protagonistas de un camino propio y autónomo del desarrollo latinoamericano. Y no es ningún milagro. Pues la política de prevenir crisis antes de que sucedan y de superar el pago de deudas posteriormente, que EEUU pega a sus vecinos meridionales, tiene sus brutalidades: Donde se lleve a cabo tan radicalmente como en la Argentina de los años 90, socava la utilidad de una nación relativamente desarrollada y potente hasta para los negocios en dólares que se realizan con ella, avivados fuertemente en tiempos de amplias privatizaciones, de la liquidación de todos los recursos y actividades económicos. Pues si el programa es que solo exista lo que sirva a que inversores extranjeros se enriquezcan, y si los recursos del país se despilfarran para realizar las exigencias de éstos a enriquecerse en forma de dólares, al final ni siquiera funciona esto. Hasta a políticos nacionales que aprendieron sus lecciones imperialistas les resulta difícil aceptar esto sin más. De hecho incluso los así-llamados “nacionalistas de izquierda” se deshabituaron de actos fuertemente arbitrarios. Aunque no se ajusten de inmediato y sin más a cualquier amonestación de Washington, se someten, en resumidas cuentas, a un consenso panamericano de las normas para gobernar bien, consenso que se orienta casi automáticamente a la voluntad de la potencia líder superior en todos los aspectos. Un par de excepciones marginales confirman la regla.

La mezcla de gobiernos serviles y “moderados” aún no garantiza, claro está, que su soberanía funcione rigurosamente y de la manera deseada. Por lo menos se ha logrado, en este aspecto, una cosa que se solía presentar bastante a menudo a los tutores anglosajones de los latinos como un experimento atrevido: Poco a poco en todos los Estados de la región –Cuba es aislada más que nunca también en este aspecto como

una excepción intolerable— se impuso *la democracia*: la competencia más o menos libre de figuras y partidos políticos, por regla general procedentes todos de la misma “clase política”, por la disposición de riquezas y medios de poder estatales, y la libre elección de los ciudadanos con derecho a voto entre las alternativas presentadas. Al pueblo se le interpretan las circunstancias reinantes con su miseria inclusive como consecuencia del fracaso, del incumplimiento de los deberes, y de la corrupción de los respectivos gobernadores, o, respectivamente, como un apuro nacional que imposiblemente se puede encomendar a los corruptos fracasadores de la oposición. Para que el pueblo pueda desfogar su descontento se celebran elecciones, que sin falta traen consigo la próxima decepción y su digestión constructiva en la próxima lucha pública por el poder. También en América Latina, esta técnica de gobernar no funciona mal. Por otra parte, las campañas electorales que se celebran periódicamente sí que movilizan cada vez el descontento de las masas; y tomando en consideración su situación miserable, ni la campaña más profesional procedente de la patria de la propaganda electoral puede asegurar que el estado de ánimo popular se transforme en un voto a favor de un candidato adecuado; pues siempre se encuentran partidos que se presentan como alternativa radical, y políticos autóctonos que toman su alternativa en serio. Estos fugitivos se tienen que capturar y comprometer a respetar “las realidades”.

Para la superintendencia del Norte, pues, siempre queda algo que hacer: vigilar, controlar, procurar orden, fomentar la buena conducta o extorsionarla. •

